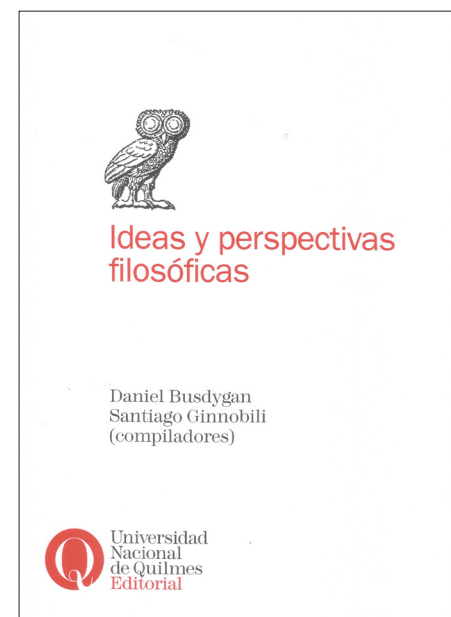


caciones consistentes entre sí, aunque da cuenta también, cuando el caso lo exige, de las definiciones de los términos en tensión o contradicción mutua. La traducción de los términos elegida sigue la traducción actual estándar en el mundo kantiano de habla hispana, lo que facilita la localización rápida de los términos, etc. En relación con la edición del texto, la cantidad de términos recogidos, el uso de las negrillas para las entradas o términos relacionados, el tamaño de la letra y del texto lo vuelven un volumen manejable y cómodo para el lector. Quisiera finalizar enfatizando nuevamente el gran aporte que significa el *Diccionario* para toda la comunidad académica de nuestra lengua, filosófica y científica en general. Se trata de una herramienta sólida y valiosa.

Los senderos de la filosofía y el valor de servirnos de nuestro propio entendimiento

NICOLÁS SAN MARCO
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Busdygan, Daniel y Ginnobili, Santiago (compiladores), *Ideas y perspectivas filosóficas*, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2017, 380 pp.

Recibida el 20 de agosto 2017 –
Aceptada el 30 de agosto de 2017

¿Qué significa el nihilismo?:
Que los valores supremos pierden validez.
Falta la meta; falta la respuesta al “por qué”.

NIETZSCHE, *LA VOLUNTAD DE PODER*

Oh, alma mía, no aspire a la vida inmortal,
pero agota el campo de lo posible.

PÍNDARO, *III PÍTICA*

Imaginemos, por un momento, que nos encontramos de pie en la cubierta de un bote. Imaginemos, ahora, que el bote deambula lenta pero sostenidamente por un océano que suponemos inmenso porque, a decir verdad, todo a nuestro alrededor no es más que oscuridad y bruma. El silencio que nos envuelve es insoportablemente ensordecedor, y no disponemos más que de una pequeña lámpara que sostenemos con alguno de nuestros brazos en alto mientras nuestra embarcación avanza. La iluminación que nos provee aquella diminuta fuente de luz apenas alcanza para alumbrar algunos pocos metros alrededor nuestro. Y, en este contexto, la situación se agrava aún más cuando caemos en la cuenta de que, en realidad, no tenemos conocimiento preciso de hacia dónde nos estamos dirigiendo ni mucho menos desde dónde venimos.

No estamos acostumbrados a semejante panorama. Y, sin embargo, de vez en cuando, quizás, nos encontramos envueltos en alguna situación que se le parezca. En un caso así, todo parecería ser desorientación y consternación; desconsuelo y vacilación; desconfianza y sospecha. En un caso así, al final de cuentas, todo lo sólido parecería terminar desvaneciéndose en el aire. Y, entonces, la duda termina convirtiéndose en

nuestra mayor certeza. Ya nada es estable; ya todo es aquel escenario de oscuridad y bruma. Y nosotros, apenas viajeros que navegamos hacia un horizonte que nunca acaba, porque las respuestas que deberían disolver los fundamentos de nuestras dudas no hacen más que re-configurarse en nuevas preguntas que se constituyen como el motor de nuestra embarcación. Pero, ¿acaso no es esto la filosofía? ¿No es la filosofía sino una práctica de cuestionamiento permanente; un lento avanzar a tientas en medio de una absoluta oscuridad y bruma buscando respuestas a algo que se nos presentaría, en primera instancia, como con sentido pero que a medida que avanzamos resultaría ser, al final, irresoluble? ¿No es esto acaso vivir en una insoportable duda cotidiana? ¿Qué es la filosofía sino desconfianza y sospecha constante? ¿No es esto lo que dice Deleuze en *Nietzsche y la filosofía* cuando nos conmueve, cuando nos perturba, con aquello de que la filosofía “sirve para entristecer, la filosofía que no entristece o contraría a nadie no es filosofía” (Deleuze, Gilles, *Nietzsche y la filosofía*, trad. Carmen Artal, Barcelona, Anagrama, 1971, p. 149). Nos conmueve y nos perturba porque nos inquieta, y nos inquieta porque estamos acostumbrados –nos han acostumbrado– a pensar desde una lógica del orden, desde una lógica del pensar que no tenga otro sentido que la construcción de una verdad. Por esto es que la filosofía sirve para entristecer: porque nos convoca a una reflexión crítica permanente contra lo dado, contra lo establecido, contra lo naturalizado; en otras palabras, contra el orden. El orden tranquiliza. La verdad tranquiliza. Y si la historia de la filosofía no es más que la historia de la búsqueda del ser humano en vistas a darle sentido a todo lo que lo rodea, lo que hoy sabemos es que no existe tal sentido, o que por lo menos no existe de manera absoluta –esto es, incondicio-

nal, categórica, definitiva–, sino que ese sentido es campo de disputa y reflexividad incesante. Esto es lo que dice Foucault en “¿Quién es usted, profesor Foucault?” cuando sostiene que “después de Nietzsche, la filosofía tiene como tarea diagnosticar y no tratar más de decir una verdad que pueda valer para todos y para todos los tiempos [...] [el filósofo debe] realizar un diagnóstico del presente: decir lo que nosotros somos hoy y lo que significa, hoy, decir lo que somos”.

La filosofía es, en definitiva, la pregunta por el todo; pero también la pregunta por la nada. Y principalmente, la pregunta por el “por qué”. Siguiendo a Nietzsche, la solución es llegar rápidamente a una verdad, porque no necesitamos más que construir órdenes para tranquilizarnos. Por este motivo, la pregunta por el por qué, “hasta el infinito”, como solía decir Spinoza cuando trataba la relación entre los cuerpos, es la pregunta más angustiante que existe. Es la pregunta que nos lleva al origen; la pregunta que nos lleva a los inicios; la pregunta que nos lleva al comienzo de todo, si es que éste existe. Pero para la filosofía aquel origen, aquel inicio, aquel comienzo no puede existir. Porque de existir habríamos llegado a esa verdad que el ser humano buscó durante miles de años; y la filosofía, si de algo no debe encargarse, es de construir verdades. La filosofía crea incesantemente problemas; pero no los resuelve. ¿Qué otra cosa si no es la pregunta infinita por el “por qué”? Por esto, para la filosofía, el todo es irresolubilidad absoluta; incluso el ser humano es irresolubilidad absoluta, entendido, de esta manera, como una relación contradictoria indefinida entre pasiones y razonamientos que hace de lo que somos una tensión permanente.

Si la filosofía no resuelve problemas es porque denuncia la naturalización de lo que

se nos presenta como realidad, y “pregunta sobre lo que no se espera que se pregunte, problematiza lo que el sentido común invisibiliza e intenta mostrar los sinsentidos donde los hay. La filosofía nos devela y muestra las incertidumbres que no vemos” (44). Es en ese camino de transmutar absolutamente todo que se constituye a sí misma como el “instrumento de acción política para la emancipación” (45). Desde Spinoza sabemos que no se trata de un mero acto de interpretación sino de una transformación de todo lo existente. Y la filosofía, debe ser, en ese sentido, en su mismo acto de crítica y puesta en cuestión de lo dado, herramienta para la transformación del mundo. Crítica, creación y transformación, según Deleuze, cuando dice que la filosofía es el arte de formar, de inventar y de fabricar conceptos.

Este libro es un ejemplo de las reflexiones anteriores. No aporta respuestas; apenas las alumbra, las intuye, las conjetura, las supone. Abre caminos, construye puentes, e ilumina lo insospechado, porque eso es hacer filosofía. En este audaz esfuerzo por construir un espacio de diálogo entre los principales filósofos que ha tenido la humanidad, los autores de este formidable libro nos posibilitan abrir las puertas de nuestra imaginación y de nuestro más profundo raciocinio para darnos a la tarea de ir develando, de ir deconstruyendo, de ir desestructurando todas y cada una de las “verdades” que hoy se toman por eternas, por obvias, por naturales, y que se presentan como la garantía de lo establecido, de lo dado, de aquello que llamamos realidad.

Ideas y perspectivas filosóficas, bajo la dirección de Daniel Busdygan y Santiago Ginnobili, se embarca hacia la maravillosa aventura de construir, entonces, un espacio de reflexión que nos permita adentrarnos en las conversaciones entre “los filóso-

fos presentes del pasado y los filósofos contemporáneos del presente” (14), para descubrir el mundo de la filosofía en cinco capítulos que atraviesan su historia desde la Grecia antigua y sus primeros pensadores hasta la modernidad y posmodernidad durante la segunda mitad del siglo XX. Conversaciones entre filósofos que, precisamente, se propusieron elaborar, inventar, construir sistemas conceptuales que permitieron explicar la realidad que los circundaba, y de transformarla.

De esta manera, a lo largo de las 377 páginas dispuestas para un público no especializado en los debates filosóficos históricos y contemporáneos, la compilación nos invita en su primer capítulo a la búsqueda por el significado de la filosofía; en el segundo se adentra en la relación entre las revoluciones científicas y la filosofía a lo largo de la historia; el tercero, por su parte, realiza un tratamiento de las principales ideas de la Era de la Ilustración; ya en su cuarto capítulo, introduce una serie de reflexiones filosófico-políticas que analizan el capitalismo; para terminar, en su capítulo final, con un abordaje de las rupturas y reorientaciones ocurridas en la filosofía contemporánea. Ahora sí, a continuación, detallaremos, brevemente, las principales problemáticas tratadas en cada capítulo.

El libro comienza, luego de una sintética introducción en donde se plantean los principales objetivos y temas a tratar a lo largo de toda la obra, con un artículo escrito por Daniel Busdygan y Alejandro Adán, quienes nos proponen un recorrido por las principales interpretaciones que se han dado a lo largo de la historia respecto a la concepción de la filosofía. De esta forma, nos invitan a pensar “una definición de qué es filosofía, haciendo filosofía” (16), teniendo en cuenta, explican, que generalmente se utilizan dos estrategias a la hora de definir

la disciplina: una que implica la búsqueda de una definición en los textos de los que son considerados filósofos, y otra que tiene que ver con la práctica misma, con el quehacer práctico filosófico, es decir, con filosofar. De esta manera, el análisis de la naturaleza de la filosofía supone realizar un recorrido sobre la base de estas dos formas de abordar la problemática. Siguiendo con esta misma línea argumentativa, los autores plantean la cuestión de si la filosofía es una actividad sin contenido o una ciencia con un *corpus* de saber, si es un tipo de saber que aspira a ser ciencia o si es un saber subjetivo, provisional e intransferible, si posee un método específico, si hay progreso en la filosofía. A continuación, presentan una breve cronología que recorre las obras de los principales filósofos, comenzando por Heráclito de Éfeso, pasando por Descartes y Kant, y llegando hasta Deleuze e Isaiah Berlin, entre otros. Así es que llegan al abordaje de la metafilosofía, entendida como una rama dentro de la disciplina que se cuestiona, precisamente, acerca de su naturaleza. Hacia la mitad del artículo, plantean la discusión sobre el significado de la filosofía en torno a la identificación de las tres orientaciones que tiene la disciplina actualmente: como ciencia, como actividad y como política. Por último, hacia el final del trabajo, se aborda lo concerniente al tipo de preguntas que se hace la filosofía, a los problemas que esto acarrea, y a los intentos de respuesta por parte de las dos grandes tradiciones del siglo XX –la analítica y la no analítica–; para finalizar con algunas líneas generales en torno a dos de las cuatro etapas más importantes de la historia de la filosofía: la antigua y la medieval.

El segundo capítulo, escrito por Santiago Ginnobili, Luis Robledo, Christian Carman y Christian Riopa, realiza un tratamiento so-

bre las revoluciones científicas ocurridas a lo largo de la historia de la filosofía. De esta manera, inician su trabajo comentando las preguntas formuladas por quienes son considerados como los primeros filósofos: Tales de Mileto, Anaximandro, Anaxímenes, Heráclito y Parménides. En un trabajo significativamente detallado y riguroso se realiza un abordaje de las principales ideas sostenidas por Aristóteles y Platón, para luego ingresar al siglo XVI y las transformaciones científicas producidas por Nicolás Copérnico, Galileo Galilei, Johannes Kepler e Isaac Newton. Posteriormente, luego de focalizar el análisis en la tensión ocurrida durante el nacimiento de la ciencia moderna entre lo que se dio en llamar escolástica y los primeros centros de producción de conocimiento instalados por fuera de las universidades, los autores presentan uno de los debates más importantes de la historia de la filosofía: el debate entre racionalistas y empiristas. Se describen allí las principales ideas de quienes son considerados los representantes más importantes y claros de cada una de estas dos corrientes: por un lado, Descartes y, por el otro, Hume, respectivamente. Avanzando aún más en el texto, el trabajo analiza los fundamentos filosóficos de quien fuese, para algunos, el filósofo más importante del período ilustrado: Immanuel Kant. Se pone especial énfasis en el peligro detectado por los filósofos ilustrados en torno al uso de la razón, y abordado por Kant en particular: por un lado, la amenaza que supone el espíritu crítico y la defensa de la autonomía individual para la moral y la religión; por el otro, el hecho de que la filosofía mecanicista newtoniana haya triunfado en el pensamiento de la naturaleza y amenace con “convertir al hombre en un engranaje más de su entramado causal borrando toda libertad” (106). Una vez desarrolladas las consecuencias que la revolución científica en astronomía y

física tuvo sobre el pensamiento filosófico, los autores centran su atención en los cambios producidos al interior de la historia natural. De esta manera, Darwin es el primero en aparecer como “el autor que logrará conectar el mundo de los fines con el mundo de las causas eficientes”, como aquel que “logra completar y cristalizar la revolución copernicana” (116). En uno de los pasajes más ilustrativos del capítulo, y que da cuenta de la importancia que tiene el estudio de este período, los autores señalan: “Al finalizar la revolución darwiniana [...] seremos primates que, utilizando nuestras facultades cognitivas débiles forjadas incidentalmente en la evolución, intentamos descifrar nuestra propia historia a partir de las huellas que el pasado dejó en el detalle presente, con la esperanza de obtener herramientas para decidir e incidir sobre nuestro incierto pero indeterminado futuro” (127). Ya casi finalizando el artículo, se consideran las problemáticas tratadas desde el empirismo durante el siglo XX, y se hace especial referencia al Círculo de Viena, así como a los llamados neohumeanos, a los analistas lógicos como Gottlob Frege y Bertrand Russell, y a los antimetafísicos como Ludwig Wittgenstein. Por último, se trata el pensamiento del autor más representativo del estudio de la historia de la ciencia, Thomas Kuhn, quien, con base en algunos de los postulados kantianos más importantes, y criticando fuertemente las concepciones filosófico-científicas de Karl Popper y los empiristas lógicos, construye una nueva teoría al interior de la historia de la ciencia que tendrá como corolario el nacimiento de una de las nociones científicas más importantes de la actualidad: el concepto de paradigma o matriz disciplinar.

El tercer capítulo del libro trata sobre el período histórico conocido como Ilustración, y fue escrito por María Jimena Solé,

quien destaca que su objetivo principal es dirigirse al lector no especializado, poniendo en práctica uno de los fundamentos de la filosofía elaborada por los pensadores ilustrados –tratado, notablemente, a lo largo del capítulo–: aquel que refiere a que “la filosofía se pone de manifiesto como una auténtica potencia transformadora de la realidad. De modo que la filosofía no equivale, para los hombres de la Ilustración, a mera erudición. De lo que se trata es de poner a disposición del público un procedimiento para juzgar acerca de las propias capacidades racionales y el conjunto de saberes disponibles, pero no a título meramente informativo, sino para que el lector haga algo con ello” (233). El trabajo comienza, entonces, con la pregunta acerca de qué es la Ilustración, una categoría que, como dice la autora, “se utiliza tanto para referirse a una época histórica como a un conjunto de ideas y de valores” (151), y que abarca una periodización que se inicia hacia finales del siglo XVII y continúa durante todo el siglo XVIII hasta la Revolución Francesa de 1789. Luego del análisis sobre el surgimiento de la Ilustración en Europa, Solé aborda la problemática que surge en torno a lo que se llama comúnmente “el espíritu de la Ilustración”. En ese sentido, el primer conflicto que detecta la autora tiene que ver con que la Ilustración “no tuvo explícitamente una constitución formal, un manifiesto, una ideología o programa” (156), lo cual da cuenta de lo dificultoso que resulta encontrar un elemento común que aglutine la enorme cantidad y variedad de obras y doctrinas filosóficas que se han encuadrado dentro este período. En un segundo momento, Solé presenta el movimiento ilustrado según la mirada que tenían acerca de él sus mismos protagonistas, centrándose en las tensiones y discusiones que los ilustrados mantuvieron contra quienes se presentaban como los representantes de

un período que creían pasado, de un período de plena oscuridad. El objetivo de los ilustrados, en ese sentido, fue la conquista de la verdad como acción emancipadora en el camino hacia la libertad en el uso de la razón para dejar atrás la ignorancia. A continuación, Solé aborda las respuestas de Moses Mendelssohn y de Immanuel Kant a la pregunta qué es la Ilustración. Para Mendelssohn, la Ilustración está definida por el conjunto de saberes y de conocimientos de una nación, al mismo tiempo que marca los límites de la acción de ilustrar. Para Kant, la Ilustración es la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad. Kant nos invita a tener el valor de servirnos de nuestro propio entendimiento para no depender más que de nosotros mismos. Por esto, para él los enemigos internos del hombre eran la comodidad, la pereza y la falta de valor. Sin embargo, lo que unía a ambos autores, y lo que en realidad compartían todos los ilustrados, era una confianza ciega en la capacidad de la razón; capacidad que desemboca, de manera lineal, en la idea de un progreso indefinido. Posteriormente, el artículo se centra en el análisis de las continuidades y rupturas que aparecen entre los racionalistas modernos y los filósofos ilustrados. De esta manera, se recogen, de manera sintética, las principales ideas de Descartes, Spinoza, Leibniz y Locke. El texto continúa con un abordaje sobre lo que se dio en llamar el método experimental, iniciado por Bacon y continuado y radicalizado por Isaac Newton. De esta forma, se destaca la importancia de Newton para el pensamiento ilustrado en virtud de que fue el máximo representante del nuevo método científico experimental, que, dejando atrás al método deductivo aristotélico, se posicionaba como la herramienta central para el dominio absoluto de la naturaleza. Hacia la mitad del trabajo, Solé hace foco en la tensión que surgió, durante el período

estudiado, entre la razón y aquello que se presentaba como la tradición. En ese marco, la autora destaca la importancia del *Diccionario* de Bayle y de la *Enciclopedia* de Diderot. A continuación, y sosteniendo que “la religión se transformó en una de las principales preocupaciones de los hombres de la Ilustración” (201), Solé rastrea la crítica al poder eclesiástico. Comienza con un análisis del *Tratado teológico-político* de Spinoza, sigue con una exposición de la obra de Martin Lutero y la Reforma y con una síntesis de las profundas y desafiantes críticas que Voltaire realiza contra la Iglesia, para terminar con el abordaje de la discusión del deísmo y del ateísmo. Ya finalizando el trabajo, se hace hincapié en la obra rousseauiana para dar cuenta de la profunda influencia que la Ilustración tuvo en el espacio político, esto es, en la lucha contra el absolutismo. El capítulo concluye con una sección enteramente dedicada al rol que tuvieron muchas mujeres durante el período estudiado, fundamentalmente en la política.

El cuarto capítulo, escrito por Daniel Busdygan y Juliana Udi, gira en torno a algunas reflexiones filosófico-políticas sobre el capitalismo. El trabajo inicia con un abordaje acerca de lo que implica la racionalidad capitalista, seguido de un profundo y exhaustivo análisis sobre el pensamiento de Karl Marx y sus principales nociones en su estudio sobre el capitalismo. Según los autores, el Iluminismo había permitido que se forjaran dos ideas centrales: “por un lado, que la naturaleza humana era perfectible y, en relación con esto, que a partir de las tomas de conciencia que permiten aprender de sí puede haber ciertas formas de progreso en las sociedades [...] la posibilidad de hacer una sociedad más justa en la que se consideren los derechos y las libertades básicas de los hombres

estaba solo en manos de los hombres” (251). Este era el contexto en el cual el pensamiento de Marx, según los autores, comenzaba a moldearse. Luego de hacer referencia a las múltiples influencias recibidas por Marx, que van desde Hegel, pasando por Adam Smith, David Ricardo, los iluministas, hasta Robert Owen, Henri de Saint-Simon y Charles Fourier, el trabajo se encamina hacia una profundización excepcionalmente detallada del análisis marxiano del capitalismo sin dejar de hacer referencia permanentemente a las interpretaciones que Marx realizó de la obra de Hegel. Hacia la mitad del artículo, los autores enfatizan en el análisis que realiza Marx de la relación entre la base real y la superestructura haciendo alusión a la crítica al idealismo filosófico de su tiempo. Para Marx, “la tarea de la filosofía es desenmascarar, arrojar luz sobre la autoalienación humana y con ello crear para deshacer, revolucionariamente, las condiciones que llevan al hombre a su deshumanización” (262). Hacia la mitad del artículo, los autores continúan con una sección dedicada a presentar las reconfiguraciones y reorientaciones producidas al interior del marxismo luego de la caída de los llamados socialismos reales y en un contexto de profunda crisis de la teoría. De esta manera, se destaca la alusión al llamado “Grupo de septiembre” de las décadas de los ‘60, ‘70 y principios de los ‘80. Hacia el final del capítulo, el cuarto apartado aborda diferentes discusiones en torno a la noción de propiedad, y a cómo se la entendió desde distintas tradiciones filosófico-políticas, en especial desde los análisis hechos por Jean-Jacques Rousseau y John Locke. Por último, el capítulo se centra en los planteos del libertarismo deontológico, en especial en lo expuesto por Nozick, quien, apelando a la necesidad de la construcción

de lo que da en llamar “Estado mínimo”, explicita el núcleo de los fundamentos del libertarismo.

El último capítulo, escrito por Anabella Di Pego, trata acerca de uno de los tópicos más importantes que ha dado el siglo pasado: el lenguaje. “El lenguaje –dice Di Pego– constituye la problemática fundamental del siglo XX; [...] dejó de abordarse como un ‘instrumento’ para entenderse como ‘constitutivo’ de la realidad” (305). Es decir, el lenguaje no es neutral sino que configura el mundo, la realidad. La transformación operada en este sentido es notable y radical: “el mundo no está conformado por objetos y por individuos, sino por los plexos de sentido que los articulan en una totalidad significativa. Así, el sujeto se ve inmerso en un marco que lo excede y que no puede controlar” (305). Sobre la base de esto, la autora se propone recorrer algunos de los debates más importantes de la filosofía contemporánea, comenzando su análisis por quienes han sido, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, los tres pensadores más importantes e influyentes: los llamados “maestros de la sospecha”. De esta manera, a partir de Marx, Nietzsche y Freud, la tradición filosófica y el sujeto moderno sufren un golpe demoledor. Luego de esto, Di Pego continúa su trabajo analizando algunas de las ideas más importantes de Martin Heidegger, haciendo énfasis en la noción de destrucción o deconstrucción –en los términos de Derrida– del *cogito* cartesiano, llegando a la definición del *Da-sein*. Hacia la mitad de su trabajo, la autora expone los fundamentos de dos de los giros que moldearon la filosofía contemporánea durante el siglo XX: por un lado, el giro lingüístico y la filosofía de Wittgenstein y, por otro lado, el giro hermenéutico y la filosofía de Heidegger. Ahora bien, luego de la Segunda Guerra Mundial y tras los

horrores del nazismo, se hizo cada vez más relevante introducir en el análisis de la política y la cuestión del poder una perspectiva crítica que ahondase en el estudio de la dominación en la sociedad. De esta manera, Di Pego procura esbozar las principales ideas de unos de los pensadores más importantes de la teoría crítica del siglo XX, Walter Benjamin, en su abordaje sobre la cuestión del poder y la crítica del progreso. En esta línea, se ponen a consideración del lector los debates que se sucedieron al interior del campo filosófico-político, luego de Auschwitz, fundamentalmente en base a lo sostenido por los pensadores más influyentes del pensamiento político contemporáneo en relación a los crímenes del nazismo: Max Horkheimer, Theodor Adorno y Hannah Arendt. Por último, se abre un apartado final en el cual se consideran de forma notable, en profundidad y detalle, algunos de los tópicos más importantes que configuraron la discusión modernidad-posmodernidad. En ese marco, se abordan los análisis hechos por Michel Foucault, Jean-François Lyotard y Jürgen Habermas.

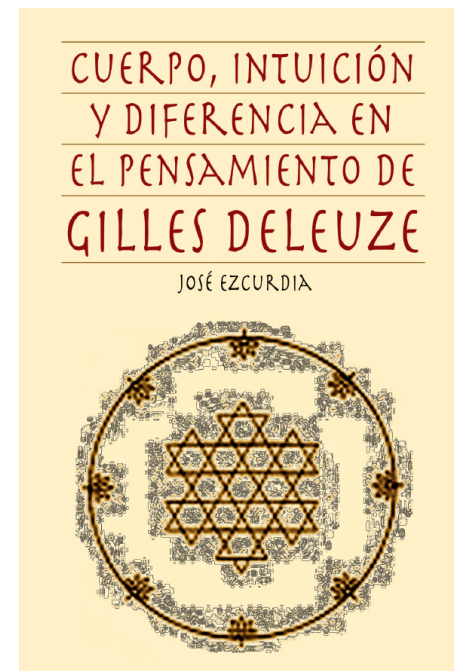
Retomando, finalmente, algunas reflexiones que realizamos al comienzo, la filosofía entristece porque quiebra fundamentos que sostienen supuestas verdades, y en ese camino de resquebrajamiento de saberes –siempre parciales, siempre circunstanciales y fugaces, siempre endebles, pero que se toman como verdades absolutas– ocurre, según Deleuze, la denuncia de “la baja del pensamiento en todas sus formas” (Deleuze, Gilles, *op. cit.* p. 149).

La filosofía se nos aparece, de esta manera, como aquel bote a la deriva que describíamos al comienzo. Como una actividad de reflexión crítica absoluta que surca incasablemente un océano de cotidiana incertidumbre, de cotidiana oscuridad y bruma. Y que entristece porque aun así, en

medio de esa plena incertidumbre acerca de todo, nos definimos por un camino, por ir hacia una determinada dirección, por algo, sabiendo que ese algo no constituye el todo y que, incluso, de ese todo no somos ni seremos capaces de conocer más que únicamente una ínfima parte. Este es, en última instancia, el drama cotidiano que nos atraviesa como especie. Al menos a quienes hacen de ese cotidiano una oportunidad para trascender lo aparente, para perforar con potencia creativa lo que se nos muestra como estanco, para hacer de la mediocridad diaria una ocasión permanente de inventiva e inspiración.

Diferencia y creación: la filosofía entre el cuerpo y la libertad

IVÁN PAZ
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)



Reseña de Ezcurdia, José,
Cuerpo, intuición y diferencia en el pensamiento de Gilles Deleuze,
Ciudad de México, Editorial Itaca,
2016, 128 pp.

Recibido: 15 de septiembre de 2017 -
Aceptado: 15 de octubre de 2017

Si hay algo que caracteriza a la obra de Gilles Deleuze, a tono con su propuesta filosófica, es el estar en permanente diálogo consigo misma. Si bien esto podría no ser una novedad para ningún filósofo, sí se convierte en una si consideramos que el pensamiento, para Deleuze, es un acto de creación en el acto mismo del pensar, es en sí mismo un acto creativo de engendramiento: nada de lo dicho es producto de una coincidencia o de una norma natural. El pensamiento es, en este sentido, un choque de fuerzas, y nada de lo que pase por él se da por azar. En este sentido, rastrear un concepto en el sistema deleuziano podría derivar en una lectura obligatoria de toda su obra: por ejemplo, si pensáramos el concepto de “imagen”, ¿lo encontraríamos sólo indagando en sus escritos sobre cine y sus clases de pintura? La respuesta es no: la cuestión de la imagen en Deleuze recorre no sólo sus trabajos que en lo estricto toman y problematizan dicho concepto, sino que también implica un necesario conocimiento de muchos de sus trabajos previos (e incluso por venir). Es por esto, en realidad, que entendemos su obra como un diálogo constante con su propia filosofía, y es en esta misma línea en la que, entendemos, Ezcurdia estudia el pensamiento de Deleuze.

José Ezcurdia es licenciado y doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de Barcelona, respectivamente. Es autor de diversos artículos especializados y libros, dos de ellos dedicados al pensamiento de Spinoza y Bergson, y docente e investigador en Filosofía, siendo sus áreas de interés el vitalismo filosófico, la ontología política y la filosofía para niños. En la presente reseña daremos cuenta de su libro *Cuerpo, intuición y diferencia en el pensamiento de Gilles Deleuze*, el cual no